

La manipulación del hombre a través del lenguaje

por el Académico de Número

Excmo. Sr. D. ALFONSO LÓPEZ QUINTÁS (*)

El hombre actual se muestra especialmente sensible para cuanto se refiere a la libertad. La reclama con insistencia y energía, porque desea disponer de iniciativa para configurar su vida, orientarla a su arbitrio, decidir su destino. Al actuar de este modo, procede rectamente pues la libertad constituye un valor.

Para defender su libertad, el hombre contemporáneo cultiva con especial esmero los medios de comunicación. Estos le permiten obtener una información rápida y poner a los poderes públicos bajo los focos de una vigilancia constante. No se equivocan las gentes cuando ven un baluarte de la libertad humana en tales medios, que modelan en buena medida la opinión pública y orientan a los pueblos en sus decisiones electorales.

La estima de los medios de comunicación y de la libertad humana es hoy día algo tan connatural e intenso que pocas personas aciertan a descubrir que *su libertad se halla en grave riesgo debido al uso estratégico de tales medios*. Estos permiten a los afanosos de poder manipular a personas y pueblos con suma facilidad, sin que éstos se aperciban de ello y puedan tomar medidas.

Si queremos conservar alguna dosis de libertad, debemos analizar cuidadosamente qué significa manipular, quién manipula, para qué manipula y con qué medios lo lleva a cabo. Este análisis nos permitirá descubrir un antídoto contra la manipulación y poner a salvo nuestra dignidad.

(*) Sesión del día 24 de febrero de 1987.

1. *Qué significa manipular*

Manipular equivale a *manejar*. De por sí, únicamente son susceptibles de manejo los *objetos*. Un bolígrafo puedo utilizarlo para mis fines, dominarlo, cuidarlo, desecharlo. Estoy en mi derecho, porque se trata de un objeto. Manipular es ejercer dominio sobre personas o pueblos que han sido reducidos de propósito a meros objetos, a medios para un fin determinado.

Esta reducción ilegítima es la meta del *sadismo*. Ser sádico no equivale a ser cruel, como a menudo se piensa. Significa intentar reducir a una persona a mero objeto mediante la crueldad o mediante la ternura. Cuando, en tiempos recientes, se introducía a cien prisioneros en un vagón de tren, como si fueran paquetes y se los hacía recorrer así trayectos interminables, no se intentaba tanto hacerles sufrir cuanto reducirlos a estado de envilecimiento. Al ser tratados como meros objetos, acababan los unos considerando a los otros como seres abyectos y repelentes. Esta consideración les impedía unirse entre sí y formar estructuras sólidas que pudieran generar una actitud de resistencia.

Por su parte, la *caricia erótica* implica también una forma de *reduccionismo*; reduce la persona acariciada a mero objeto halagador. La caricia puede ser de dos tipos: *erótica* y *personal*. Para comprender lo que es el erotismo debemos recordar que el amor humano conyugal está integrado por cuatro elementos distintos: 1) la *sensualidad*, con cuanto implica de atracción instintiva hacia otro ser, de halago sensorial, de pasión; 2) la *amistad*, forma de unidad elevada que exige una actitud de generosidad y un impulso creador. Dar rienda suelta a un instinto no exige poner en juego poder creador alguno. Instaurar una relación de auténtica amistad entraña una voluntad creativa; 3) la *proyección comunitaria del amor*. El amor dual, privado, de dos personas adquiere una expansión comunitaria al ser recibido, el día de la boda, por la comunidad en que ambas se hallan instaladas; 4) la *relación del amor así entendido con las fuentes de la vida humana*. Esta vecindad extrema del amor con un fenómeno tan misterioso y elevado como la aparición de nuevos seres humanos le confiere un carácter *enigmático, profundo* o —dicho en lenguaje creyente— *sacro*. Estos cuatro elementos integrantes del amor conyugal forman en conjunto una *estructura*, y toda estructura es una constelación de notas que tejen una realidad sólida, dinámica y flexible. Esta flexibilidad, dinamismo y solidez desaparecen si se quiebra la unidad entre los elementos que integran la estructura. Un caso de semejante ruptura acontece cuando se desgaja la sexualidad del conjunto del amor humano con objeto de tomarla como una actividad autónoma, independiente, y asumirla como un medio para la obtención de fines placenteros. Tal desgajamiento destruye la unidad de ese fenómeno complejo que es el amor conyugal. Toda destrucción de una estructura valiosa constituye un acto de *violencia*. El desmoronamiento violento de la estructura del amor humano conyugal recibe el nombre de *erotismo*. Platón, en el albor de la cultura occidental, entendió

por «eros» la fuerza misteriosa que eleva al hombre a regiones cada vez más altas de belleza, de bondad, de perfección. Actualmente, tras siglos de banalización de los fenómenos humanos, se entiende por «erotismo» el manejo de las fuerzas sexuales con desenfado, sin más criterio y norma que la propia satisfacción inmediata.

Cuando una persona acaricia a otra, pone su cuerpo en primer plano, le concede un resalte especial. Siempre que una persona entra en relación con otra, el cuerpo juega cierto papel en cuanto permite hablar, oír, ver... Si no se trata de una comunicación afectiva, el cuerpo ejerce función de trampolín para pasar al mundo de las significaciones que se quieren transmitir. Estamos dos horas hablando de un tema y de otro, y al final sabemos a punto cierto lo que hemos dicho, la actitud que hemos adoptado durante el coloquio, los fines que perseguimos, pero posiblemente no hemos reparado en el color de los ojos de nuestro coloquiante. Nos hemos visto, pero no hemos detenido nuestra atención en la vertiente corpórea. No sucede así en los momentos de trato amoroso. En esto, el cuerpo de la persona amada cobra una densidad particular y prende la atención de quienes se manifiestan su amor. El amante atiende de modo intenso al cuerpo de la amada. Si ve en él la expresión sensible de aquél a quien ama y toma su expresión amorosa como un acto en el cual está incrementando su amor a la *persona*, no sólo a las cualidades de la misma, su modo de acariciar tendrá un carácter *personal*. En tal caso, el cuerpo acariciado adquiere honores de protagonista, pero no desplaza a la persona, la hace más bien presente de modo tangible y valioso. Si la atención se detiene en el cuerpo acariciado, sencillamente por el atractivo sensorial que implica tal gesto, el cuerpo invade todo el campo de la persona. No es a ésta a quien se ama, sino al agrado que produce su vertiente corpórea. Esta presenta las condiciones de los «objetos»: es asible, delimitable, poseible. Con razón se habla a veces de la «mujer-objeto» a propósito de ciertas figuras femeninas exhibidas en algunos espectáculos como objeto-de-contemplación o tomadas en la vida diaria como objeto-de-poseción.

El amor erótico de los seductores de tipo donjuanesco es *posesivo*, y en la misma medida va unido con la burla y la violencia. Don Juan, el «burlador de Sevilla», se complacía en burlar a las víctimas de sus engaños y en resolver las situaciones comprometidas con el manejo expeditivo de la espada. Esta violencia innata, muchas veces soterrada, del amor erótico explica que pueda pasarse sin solución de continuidad de unas situaciones de máxima «ternura» a otras de extrema violencia. En realidad, ahí no hay ternura, sino reducción de una persona a objeto. La violencia de tal reducción no queda aminorada con el mero afirmar que se trata de un objeto *adorable, fascinador*. Estos adjetivos no redimen al sustantivo «objeto» de lo que tiene de *injusto*, de *no ajustado* a la realidad. Rebajar a una persona del nivel que le corresponde es una forma de manipulación agresiva que engendra los diferentes modos de violencia que registra la sociedad actual. La principal tarea de los manipuladores consiste en ocultar la violencia bajo el velo seductor del fomento

de las libertades. Poner al descubierto este fraude es la meta de estas páginas, que condensan una investigación más amplia (1).

2. *Quién manipula*

A las personas y grupos sociales intenta manejarlos a su arbitrio todo el que desea modelar su mente, su voluntad y su sentimiento. Este deseo responde al afán de conseguir diversos objetivos interesados.

1. El mercader nos manipula para reducirnos a meros clientes. No se preocupa de que desarrollemos en forma nuestra personalidad. Le basta que aceptemos su mercancía: que compremos un producto, que saquemos una entrada, que nos asociemos a un club.

2. El «ideólogo» moviliza los medios de la demagogia para imponer un sistema de ideas que en principio fue configurado para dar cuenta de lo que es la realidad, pero que con el tiempo se quedó alejado de ésta y recluso en si mismo. En el sentido peyorativo que recibe actualmente a menudo, una «ideología» es un sistema de ideas esclerosado, rígido, que no suscita adhesiones, por carecer de fuerza persuasiva, y debe imponerse al pueblo a través de medios violentos o de los recursos seductores de la manipulación. Cuando un sistema de pensamiento es adoptado como programa inalterable por un partido político y mantenido a ultranza, se carga de una fuerte dosis de emotividad pero pierde eficacia.

Las formas de manipulación practicadas por los ideólogos suelen mostrar un notable refinamiento, ya que son debidas a profesionales de la estrategia formados en escuelas especializadas.

3. *Para qué se manipula*

Se manipula a hombres y pueblos para modelar su espíritu conforme a la propia mentalidad, y de esta forma adquirir dominio sobre ellos y sentirse poderoso y seguro. Las personas, cuando tienen ideales valiosos, convicciones éticas sólidas, voluntad de desarrollar todas las posibilidades de su ser, tienden a unirse entre sí solidariamente y a estructurarse en comunidades. Debido a su interna cohesión, una estructura comunitaria resulta inexpugnable. Puede ser destruida desde fuera por la

(1) Cf. *Estrategia del lenguaje y manipulación del hombre*, Narcea, Madrid, 1979, 1984; *Los jóvenes frente a una sociedad manipuladora (Formación, creatividad y valores)*, Edic. San Pio X, Madrid, 1984; *La manipulación del hombre en la defensa del aborto*, Madrid, 1985; *El secuestro del lenguaje*, Madrid, Asociación para el progreso de las ciencias humanas (P.P.C.), Madrid, 1987; *La recuperación del lenguaje secuestrado*, Madrid, Asociación para el progreso de las ciencias humanas (P.P.C.), Madrid, 1987.

violencia, pero no dominada interiormente por vía de asedio espiritual. Si las personas que integran una comunidad pierden la capacidad creadora y no se unen entre sí con vínculos firmes y fecundos, dejan de integrarse en una auténtica comunidad; dan lugar a un *montón amorfo de meros individuos*: una *masa*. El concepto de masa es cualitativo, no cuantitativo. Un millón de personas que se manifiestan en una plaza con un sentido bien definido y sopesado no constituyen una masa, sino una comunidad, un pueblo. Dos personas, un hombre y una mujer, que comparten la vida en una casa pero no se hallan debidamente ensambladas forman una masa. La masa se compone de seres que actúan entre sí a modo de objetos, por vía de yuxtaposición o de choque. La comunidad es formada por personas que ensamblan sus ámbitos de vida para dar lugar a nuevos ámbitos y enriquecerse mutuamente.

Al carecer de cohesión interna, la masa es fácilmente dominable y manipulable por los afanosos de poder fácil. Ello explica que la primera preocupación de todo tirano —tanto en las dictaduras como en las democracias, ya que en ambos sistemas políticos existen personas deseosas de vencer sin necesidad de convencer— sea privar a las gentes de capacidad creadora en la mayor medida posible. Tal despojo se lleva a cabo mediante las tácticas de persuasión dolosa, a través de la forma de cerco espiritual que llamamos *manipulación*.

La creatividad humana arranca de la capacidad de establecer modos relevantes de unión con las realidades del entorno; las personas, las instituciones, las obras de arte, de literatura y pensamiento, las distintas tradiciones, usos y costumbres, los valores de todo género, el paisaje, el lenguaje, el hogar, el pueblo, la nación... De la unión con este conjunto de realidades se deriva el impulso para desarrollar en la vida una acción fecunda en diversos aspectos. A solas, el hombre es un ser incapaz de realizar la menor acción valiosa. Vinculado a las realidades circundantes —las presentes y las que ofrece la historia pasada—, el ser humano tiene posibilidades inagotables. Para ser creativo en la vida, lo decisivo es tener conciencia clara de esta condición *dialogica* del propio ser. Cada uno de nosotros nos constituimos como seres humanos y nos desarrollamos a través del diálogo con cuanto nos rodea. Toda realidad nos ofrece alguna posibilidad; presenta para nosotros, consiguientemente, un valor. Para asumir los valores, se deben cumplir ciertas exigencias. El valor de una persona, por ejemplo, sólo puedo percibirlo si comienzo respetándola y entrando en juego creador con ella. Si intento reducirla a objeto, a medio para mis fines, me condeno a no conocer jamás a esa persona en cuanto persona. Si a una persona o a un pueblo se les enseña a pensar de tal manera que no acierten a ver la posibilidad de unirse a las realidades del entorno de manera fecunda, se destruye de raíz su creatividad. ¿Cómo es posible suscitar en las gentes tal forma de pensar? Mediante el abuso del lenguaje, que es el vehículo viviente de la creatividad (2).

(2) Sobre esta importante cuestión puede verse mi *Estética de la creatividad*, Promociones Publicaciones Universitarias, Barcelona, 1987.

El lenguaje es *medio para* comunicar algo que ya se sabe, pero antes y en un nivel más radical es el *medio en* el cual crean unidad los hombres entre sí. A menudo hablamos con personas a las que apenas tenemos nada que comunicar, pero lo hacemos para incrementar los lazos de amistad. Con razón advirtió el genial precursor de la actual filosofía del lenguaje, Ferdinand Ebner, que el lenguaje auténtico es el dicho con amor. El lenguaje dicho con odio se destruye a sí mismo, se autodisuelve. Nada hay tan grande en la vida del hombre como el lenguaje, pero nada al mismo tiempo más temible, debido a su condición bifronte: el lenguaje puede construir una vida o destruirla, puede ser tierno o cruel, proclamador de verdades o propagador de mentiras, profundo o banal, noble o chocarrero. El lenguaje ofrece posibilidades para descubrir en común la verdad y facilita recursos para tergiversar las cosas y sembrar la confusión. Con sólo conocer tales recursos y manejarlos hábilmente, una persona poco preparada pero astuta puede dominar fácilmente a personas y pueblos enteros si éstos no están sobre aviso. El manejo estratégico del lenguaje opera de modo automático sobre la mente, la voluntad y el sentimiento de las personas antes de que entre en juego el poder de la reflexión crítica.

4. *Cómo se manipula*

El demagogo, el tirano, el que desea conquistar el poder por la vía rápida de la manipulación opera con extrema celeridad para no dar tiempo a pensar, a someter a reflexión detenida cada uno de los temas. Para ello no se detiene nunca a matizar los conceptos y a dar razón de lo que afirma; lo da todo por consabido y lo expone con términos ambiguos, faltos de toda precisión. Ello le permite destacar en cada momento el aspecto de los conceptos que le interesa para sus fines. Cuando subraya un aspecto, lo hace como si fuera el único, como si todo el alcance de un concepto se limitara a esa vertiente. De esa forma, evita que las gentes a las que se dirige tengan suficientes elementos de juicio para clarificar las cuestiones por sí mismas y hacerse una idea serena y bien aquilatada de las cuestiones tratadas. Al no poder profundizar en una cuestión, el hombre está predispuesto a dejarse arrastrar. Es un árbol sin raíces que lo lleva cualquier viento, sobre todo si éste sopla a favor de las propias tendencias elementales. Para facilitar su labor de arrastre y seducción, el manipulador halaga las tendencias innatas de las gentes y ciega todo lo posible su sentido crítico.

1. *El manipulador es un ilusionista.* Toda forma de manipulación es una especie de *malabarismo intelectual*. Un mago, un ilusionista hace trueques sorprendentes y al parecer «mágicos» porque realiza movimientos muy rápidos que el público no percibe. El demagogo procede, asimismo, con meditada precipitación a fin de que las multitudes no adviertan sus trucos intelectuales y acepten como posibles los escamoteos más inverosímiles de conceptos. Un manipulador proclama

ante las gentes que les ha devuelto las libertades, pero no se detiene a precisar a qué tipo de libertades se refiere, si a las *libertades de maniobra* que pueden llevar a experiencias de fascinación —que despeñan al hombre hacia la asfixia— o a la *libertad para ser creativos y realizar experiencias de éxtasis*, que llevan al pleno desarrollo de la personalidad. Basta pedirle a un demagogo que matice un concepto para desvirtuar sus artes hipnotizadoras.

2. *El manipulador maneja con astucia la táctica del halago banal.* Cuando reduce el significado de un vocablo a uno de sus aspectos, el demagogo lo hace valiéndose del atractivo que presenta dicho aspecto para la mayoría de las gentes. Los hombres tendemos a supervalorar lo que nos resulta atractivo. Llegamos incluso a tolerar de buen grado que se nos rebaje de condición con tal de que se halague a nuestras tendencias elementales. «El cliente siempre tiene razón», se nos dice, y nos sentimos importantes. Tal sentimiento de vanidad nos impide advertir que, al hablar de *clientes*, la mayoría de quienes así los valoran no se refieren a las *personas enteras y cabales* sino a *una de sus funciones*: la de *meros compradores*. Los recursos de la propaganda tienden a persuadir, no a convencer. Te presentan un coche lujoso realizado por la figura de una bella señorita que te abre sugerentemente la puerta delantera. Haces un sacrificio económico, y, cuando realizas la compra, te dan el coche, pero no la señorita. La presencia de ésta no significaba sino un halago tendente a domeñar tu voluntad mediante el truco de superponer dos imágenes elocuentes: la de la mercancía ofrecida y la de una realidad que se supone complace tu vista. Nadie te da razones de peso para que adquieras tal vehículo, ni te hace la promesa falsa de facilitarte una relación de trato personal con la atractiva señorita. No se trata, por tanto, de un *engaño*. Es sencillamente una *manipulación*, que consiste en operar dolorosamente sobre un flanco débil de las personas, que es el apetito erótico. Tú te das cuenta de que se te está tratando como un mero cliente al que hay que vencer como sea. Sin embargo, no te rebelas. Te percatas de que estás ante un tipo de propaganda que te reduce a un *ser de instintos* que dispone de medios para adquirir un producto costoso, mas te dejas mecer por el halago que te produce en uno u otro aspecto. «Soberano es cosa de hombres», oyes proclamar una y otra vez. Y esa proclama de que vas a ser considerado como *todo un hombre* si alzas la copa con el preciado líquido te satisface y te dejas llevar. Somos bastante orgullosos, pero permitimos el envilecimiento si va unido taimadamente con el halago. Esto explica que aceptemos y demos por bueno el que se simplifiquen abusivamente los conceptos y se prestigie a los unos en perjuicio de otros.

3. *El manipulador inhibe la capacidad de las gentes mediante el uso de términos «talismán».* En cada época suele haber uno o varios términos de uso común que adquieren un prestigio extraordinario y ejercen un especial conjuro sobre las gentes. En ellos parece concentrarse la quintaesencia de la vida espiritual de una época, lo más granado de su cultura, la raíz de todos sus logros. Podemos denominarlos, por ello, «términos talismán». Recordemos la influencia que ejerció el término «orden» en

los siglos XVI y XVII; «razón» en el XVIII; «revolución» en el XIX; «libertad» —y sus concomitantes— «autonomía», «independencia», «progreso», «democracia», «co-gestión»...—en el XX. Estos términos «talismán» constituyen la base del pensar y, consiguientemente, del sentir y del querer. Son considerados como fuente de autenticidad y, derivadamente, como módulo de actitudes y convicciones. Forman un punto de partida incuestionable.

Estos términos parecen estar más allá de toda posible crítica; son intocables. Nadie se atreve a ponerlos en tela de juicio porque son vistos como la raíz misma del prestigio. De ahí que todo vocablo que se empareje de alguna forma con ellos quede prestigiado, y todo término que se les oponga se vea automáticamente cubierto de oprobio.

El manipulador suele operar de este modo. Comienza exaltando de múltiples formas el término talismán por excelencia de esta época: *libertad*. Se cuida bien de no matizarlo, y, al amparo de la confusión que engendra esta ambigüedad, da a entender que la *libertad humana* equivale a *libertad para hacer en cada momento lo que uno desea en virtud de criterios puramente interiores, individuales, sin atenerse a criterios propuestos desde fuera*. Esta «libertad de maniobra» —libertad para moverse con absoluta movilidad, sin la menor traba— la empareja el manipulador con la «autonomía» y la «autenticidad». Yo soy autónomo cuando me rijo por criterios internos que me he dado e impuesto a mí mismo. Si ajusto mi conducta y mi acción a normas, cauces, criterios externos, me entrego a instancias ajenas, modelo mi personalidad conforme a realidades externas y extrañas, me enajeno o alieno; dejo de ser auténtico y pierdo mi identidad personal. Tenemos así formados en la mente los siguientes esquemas mentales:

libertad — norma, cauce, forma, obediencia,
autonomía — heteronomía,
autenticidad — alienación,
interior — exterior, extraño.

La *Teoría del contraste* (3) nos advierte que los términos que figuran en cada una de las columnas que se forman al disponer los esquemas mentales uno debajo de otro suelen emparejarse como si fueran afines en su significación. Por otra parte, el guión que divide los términos de cada esquema es interpretado por los demagogos injustamente como signo de *oposición*, a pesar de que en muchos casos no significa sino mero *contraste*. Ambos malentendidos provocan que los términos de la columna de la derecha del lector queden abruptamente enfrentados con los de la columna de la izquierda, que viene presidida gloriosamente en el término talismán «libertad».

(3) Cf. R. Guardini: *Der Gegensatz. Zur Philosophie des Konkretlebendigen*, M. Grünewald, Mainz, 1925, 1955².

El término «censura» suele ser utilizado de propósito como opuesto a «libertad» por el mero hecho de que implica el atenuamiento a ciertas normas, límites y criterios propuestos por una entidad distinta de cada uno de los ciudadanos. Con esta simple y supuesta oposición, el término *censura* es convertido en una especie de vocablo «antitalismán» cuyo uso compromete en extremo a todo ciudadano que quiera gozar del favor del público. Una investigadora alemana de Ciencias de la Educación afirmó en un programa cultural de la televisión de Colonia que sus estudios la llevaron a la conclusión de que es necesario elevar el listón de las exigencias respecto al alimento espiritual que se está dando a la juventud; de lo contrario, el futuro se presenta con tintes sombríos. Pero —concluyó dramáticamente— «¿quién se atreve hoy a decirlo?». Uno se pregunta cómo es posible que en las cuestiones relativas al desarrollo de la personalidad humana estemos tan dominados por el miedo, mientras los investigadores científicos esperan con ilusión el momento de hacer público el resultado de sus investigaciones. Es sin duda el efecto del temor a la fuerza descalificadora que posee el lenguaje cuando se lo usa demagógicamente.

Es curioso que hoy se tema al vocablo *censura*, pero se usa profusamente el término *control*, que en principio aparece muy semejante. Algún secreto debe de albergar la estrategia del lenguaje para que estos vocablos sean sometidos a tratamiento tan dispar. El estudio de los recursos estratégicos del lenguaje nos revela dicho enigma. La palabra *control* suele utilizarse cuando la opinión pública está indignada contra algún fraude especialmente nocivo para el bienestar de los ciudadanos. *Fraude*, en cuestión de alimentos, se opone a la *libertad* del pueblo para cuidar su salud. Tenemos, con ello, los siguientes esquemas mentales:

control — *fraude*,
libertad — *fraude*.

Por quedar vinculado al término talismán *libertad* y opuesto a un vocablo aver-sivo, como es *fraude*, el vocablo «control» cobra una valoración positiva. Esta interpretación de los términos «control» y «censura» parece correcta a primera vista, si se procede de forma rápida. Pero detengámonos a reflexionar acerca del cambio que se opera en los esquemas antedichos cuando entendemos el término *libertad* de modo matizado. Es cierto que la censura se opone a la libertad del hombre para maniobrar a su antojo y moverse sin traba alguna en la vida. Esta *libertad* de *maniobra* lleva con frecuencia al ser humano a experiencias de *fascinación* que le quitan libertad para realizar experiencias de *éxtasis*, de asunción de valores, de creación de relaciones fecundas con las realidades del entorno. La *libertad* de *maniobra* aparece, así, en oposición a la *libertad para la creatividad*:

libertad de maniobra — *censura* (*control de calidad*),
libertad de maniobra — *libertad para la creatividad*.

Esta libertad absoluta respecto a toda norma y traba suele orientar al hombre hacia el vértigo de la *ambición*, y éste inspira numerosas acciones *fraudulentas*. El

fraude, como opuesto al control de alimentos, debe ser emparejado con tal género de libertad. Debajo de los esquemas anteriores debe ser colocado el esquema siguiente:

fraude — control de alimentos.

Si se observan conjuntamente los tres esquemas, se advierte que la censura, entendida positivamente como *control de calidad*, sólo se opone a un tipo de libertad —la *libertad de maniobra*—, y va vinculada a la forma más relevante de libertad humana: la *libertad para el ejercicio de la creatividad*.

4. *El demagogo manipulador no profundiza en el sentido de los términos y conceptos.* Este recurso responde a una intención de largo alcance. Si se precisa bien el significado de un término y el sentido que adquiere en un determinado contexto, resulta posible descubrir una relación fecunda entre términos que a una mirada superficial aparecen como insalvablemente opuestos. Entre *libertad* —vista expeditivamente como mera libertad de maniobra— y *censura* —entendida precipitadamente como mera prohibición de realizar determinados actos— no existe puente alguno. El esquema «libertad-censura» se presenta como un *dilema* que obliga a optar por uno de los términos: o escogemos la libertad o nos inclinamos por la censura. Esta interpretación, aparentemente inofensiva, resulta nefasta para la vida de personas y sociedades porque, si se entienden como dilemas los esquemas que orientan la actividad intelectual del hombre, *éste queda desconectado de la realidad y cerrado a todo tipo de diálogo y encuentro*. Tal oclusión deja al hombre fuera de juego en cuanto a creatividad y lo sumerge en una situación de asfisia espiritual.

5. *El demagogo manipulador proyecta unos conceptos sobre otros para dotarlos de un sentido nuevo.* Si se pretende ensalzar el término *progreso*, basta con proyectarlo sobre el término *avance*. El juego de manos con tales conceptos se realiza de esta forma. Los términos *progresar*, *adelantar*, *regresar*, *detenerse* aluden a las diferentes fases de una marcha. La marcha puede ser en el tiempo, en el espacio, en una determinada actividad... De por sí, tales vocablos no encierran ni valor positivo ni negativo. Progresar en la marcha hacia un determinado lugar tiene un valor positivo si el acceder a este sitio implica un bien. En caso contrario, constituye un antivalue. Lo valioso sería detenerse y retroceder o regresar.

Algo semejante cabe decir del término *cambio*. En sí mismo no significa sino *alteración*. El valor de ésta pende del hecho de que la situación a la que se llega presente ventajas sobre la anterior. El mero ser distinta no la hace valiosa. Ahora bien. En la vida diaria se dan situaciones que cargan a ciertos vocablos de prestigio en forma paulatina y soterrada. Entre ellos se hallan los términos *estancamiento* y *retroceso*. Casi nunca presentan ambos vocablos un matiz positivo y agradable en la vida cotidiana. Un retroceso en una enfermedad, en los estudios, en la recuperación

económica de la familia o de la nación supone una situación penosa de crisis. Un coche que se queda estancado en un camino carece de libertad para proseguir la marcha hacia la meta del viaje. Al oponerse al término talismán «libertad», el vocablo «estancamiento» adquiere automáticamente un matiz negativo.

Por el contrario, los términos y expresiones «adelantar» y «salir adelante» presentan con frecuencia el sentido de «mejorar», romper barreras asfixiantes, superar situaciones difíciles, y en la misma medida se orlan de prestigio.

En la existencia diaria nos hallamos a menudo en situaciones desfavorables que nos hacen desear un *cambio*. La palabra «cambio», en principio perfectamente neutra, adquiere con ello, sin necesidad de más reflexiones, un aura de simpatía. Se convierte en un término atractivo. Por reacción, los términos «conservar» y «conservador» se vuelven hoscos y antipáticos porque a una mirada desprevenida y expeditiva parecen sugerir una idea de estancamiento en situaciones indeseadas.

De esta forma, ciertos vocablos van acumulando sentidos superpuestos que apenas son sometidos a examen crítico pero operan de modo eficiente sobre la sensibilidad y la emotividad de las gentes. Si un político o un intelectual se autodefinen pomposamente como «progresistas», la mayoría de las gentes conceden a este vocablo un sentido positivo. Sin mostrar ninguna excelencia particular y sin haber hecho mérito alguno por su parte, el que se declara «progresista» cobra realce ante la opinión pública por la mera utilización arbitraria de un término muy cotizado en la bolsa actual de los prestigios populares. ¿Cómo se ha llegado a tal cotización? Sencilla y radicalmente, debido a la proyección ilegítima de unos esquemas mentales sobre otros. Reflexionemos sobre lo que acontece en nuestras mentes cuando pensamos y nos expresamos de forma precipitada.

Si decimos que hemos *avanzado* o *progresado* en una tarea, que hemos *cambiado* de situación o no hemos *mantenido* en la misma, no afirmamos que hallamos ascendido a una posición más ventajosa. En cambio, al indicar que hemos *mejorado* o que nos hemos *estancado* en un punto lejano de la meta ansiada, expresamos un juicio de valor. Estas indicaciones implican una serie de términos contrastados:

Progreso — *regreso,*
progreso — *detención,*
cambio — *conservación, persistencia,*
cambio — *retroceso,*
cambio a mejor — *estancamiento,*
cambio a mejor — *retorno a posiciones ya superadas.*

La atracción que produce sobre nuestro ánimo la expresión «cambio a mejor» y la aversión que suscita el término «estancamiento» nos lleva a proyectar la expresión «cambio a mejor» sobre los términos «cambio» y «progreso». Con ello, todos

los términos de la columna de la izquierda del lector quedan altamente prestigiados. Por el contrario, los términos de la columna de la derecha —*regreso, detención, conservación, persistencia, retroceso retorno a posiciones ya superadas*— se contaminan con el desprestigio del término *estancamiento*.

Esta valoración positiva y negativa se realiza de ordinario en forma inconsciente, prerreflexiva. Tal oscuridad no le resta, sin embargo, eficacia; le concede una carga emotiva singular, de la que es muy difícil desprenderse. La fuerza del lenguaje sometido a las artimañas de la manipulación es asombrosa. Un término que va cargado con la emotividad antedicha deja en la mente una huella tan profunda que todo cuanto vemos, oímos y pensamos posteriormente queda como polarizado en su torno e imantado y orientado por él.

Supongamos que a un político se lo califica de «conservador» y se procura que este vocablo sea entendido como opuesto a «progresista», en el sentido de persona propicia a la realización de un «cambio a mejor». Puede tratarse de un hombre abierto a un auténtico progreso y preparado para lograrlo. A pesar de ello, será difícil que el pueblo llano —poco avezado a las sutilezas del lenguaje demagógico— advierta esta condición de modo suficientemente claro para decantar el voto en su favor. Buen número de votantes estarán dispuestos a conceder que se trata de una persona muy culta, incluso honesta, pero afirmarán enseguida con aplomo que, debido a su carácter retrógrado, nos llevaría *hacia atrás* en caso de gobernar y nos haría perder los logros alcanzados... Si les preguntamos qué entienden exactamente por «ir hacia atrás», se quedarán perplejos en principio, y balbuciarán tal vez después que volver atrás es perder ciertas libertades conseguidas con gran esfuerzo. Prosigamos el acoso dialéctico e instémosles a precisar de qué libertades concretas se trata. Se hará patente que todas ellas se reducen a *mera franquía para entregarse a diversas formas de vértigo*. Toda experiencia de vértigo *exalta* el ánimo de quien se deja seducir por el afán de ganancias inmediatas pero bloquea inmediatamente el desarrollo de su personalidad y produce en su espíritu una *devastadora decepción* que es origen de *angustia, amargura, desesperación y destrucción* (4). El que piensa de modo precipitado, debido al ritmo trepidante que imprime el prestidigitador mental a su discurso estratégico, no repara en estos pormenores —por ineludibles que en verdad sean— y actúa en virtud de la conexión que cree entrever entre *progresismo y libertad*.

Es tan fuerte el conjuro que los términos sometidos al ilusionismo mental ejercen sobre los espíritus poco expertos en cuestiones de metodología filosófica —cuestiones relativas al modo justo de pensar y de expresarse— que los priva de libertad y los somete a un modo de fascinación avasalladora. Ello explica que, al oír hablar de

(4) Sobre la distinción de las experiencias de vértigo y éxtasis, puede verse mi obra. *La juventud actual entre el vértigo y el éxtasis*. Narcea, Madrid, 1982.

cambio y progreso, tantas personas piensen en un proceso de elevación hacia cotas más elevadas de perfección humana.

5. *Esbozo de un diálogo con un «progresista»*

Algunos políticos suelen afirmar, como lema propagandístico, que pertenecen a las fuerzas «progresistas» del país. Si uno tiene serenidad y no se deja intimidar por el uso contundente de vocablos talismán, se verá tentado a preguntarles qué quieren decir en rigor con tal expresión. Es muy posible que, tras unos minutos de vacilación, vuelvan a repetir exactamente las mismas palabras. Si se les apremia a que se expliquen, tal vez den como clave de su progresismo que son partidarios de leyes avanzadas, liberalizadoras, como las del aborto y divorcio, las que toleran todo tipo de juego y el acceso de los menores a espectáculos eróticos.

A primera vista, parece que estamos efectivamente ante una actitud «liberalizadora», promotora de una mayor libertad. Pero conviene seguir preguntando, sin miedo a la fuerza aparente de los vocablos *libertad* y *liberalización*. ¿Por qué se considera obvio que la ley despenalizadora del aborto fomenta la libertad humana? Los responsables de tal ley argüirán que ésta concede a las madres una posibilidad de la que antes no disponían. Y se complacerán en cargar las tintas en anécdotas dirigidas a tocar la fibra sentimental de las gentes. Debemos evitar en este momento quedar inhibidos por miedo a ser considerados como sujetos de mal corazón. Hemos de seguir preguntando tenazmente *de qué género es la libertad que se ha otorgado a las madres*. Posiblemente, ante tal acoso socrático, los políticos interpelados empezarán a mostrar síntomas de irritación y pasarán al ataque acusándonos de querer complicar las cosas y pertenecer al grupo de los intransigentes que se oponen por principio a toda medida orientada a mejorar la suerte de los menesterosos. Indiferentes a este contraataque, hemos de precisar así nuestra pregunta: «La libertad concedida a las madres ¿se reduce a mera *libertad de maniobra*, a hacer lo que desean arbitrariamente en virtud de los puros intereses individuales, o es en todo rigor una forma de *libertad para la creatividad*? El primer tipo de libertad es el que ejercita el hombre respecto a los meros objetos, a los utensilios que desea manejar, dominar, encauzar al servicio de los propios fines. El segundo se da cuando el hombre ejercita las posibilidades de juego creador que le ofrecen las realidades del entorno que poseen cierta *libertad de iniciativa*, merecen todo respeto y no pueden sin grave injusticia ser tomadas como medios para un fin. Obviamente, la libertad de maniobra representa *un bien* para la persona, pero no *el bien supremo*. Puede ser concedida como una gracia, pero no siempre resulta benéfica para quien la recibe pues constituye un arma de doble filo. Otorgar a las mujeres opción a que cometan un acto de reduccionismo grave, envileciendo una vertiente de su ser personal tan digna de aprecio como es su cuerpo, dista mucho de ser una medida conducente a su mayor felicidad.

6. Producción de equívocos en cadena

El atolondramiento intelectual provocado por la precipitación en el pensar y el hablar lleva a conectar rápidamente unos esquemas con otros afines y a realizar toda clase de emparejamientos y oposiciones de términos. Los esquemas últimamente analizados («progreso-regreso», «cambio-retroceso», «cambio a mejor-estancamiento») suelen a menudo ser vinculados, al hilo del pensar, con los esquemas siguientes:

reforma — *inmovilismo*,
nuevo — *viejo*,
moderno — *antiguo*,
insólito — *consabido*,
actual — *pasado (inactual, anticuado)*,
revolucionario — *conservador*.

Por las razones antes indicadas, los términos «regreso» y «estancamiento» quedan en alguna forma unidos a los términos «antiguo», «pasado», «viejo»..., y la actitud «conservadora» aparece en clara connivencia con la posición «inmovilista». Por el contrario, los prestigiosos términos «cambio» y «progreso» se nos muestran gloriosamente emparejados con los vocablos «reforma», «nuevo», «moderno», «insólito», «actual», «revolucionario». De esta forma, sin matizar el verdadero sentido de los vocablos, con sólo pronunciar estos términos —*moderno, reforma...*— se tiene conseguido el favor de buena parte del público, pues todos los vocablos que se hallan en vecindad con un término talismán o sus concomitantes quedan asumidos en su campo de soberanía e irradiación de prestigio. El vocablo *cambio* es concomitante del vocablo talismán *libertad* por cuanto *libera* de la rigidez de lo inmóvil, lo rutinario y anodino.

Debemos estar alerta ante este fenómeno: *siempre que se pronuncia un término se suscitan en la mente por vibración —al modo de los armónicos musicales— otros términos que pueden reportar prestigio o desprestigio*. Las vibraciones o interconexiones que se producen al relacionar entre sí los términos de las dos columnas formadas por los esquemas mentales ejercen sobre los espíritus un influjo tanto más fascinador cuanto más borrosa es la operación mental en que tienen lugar.

6. *El manipulador utiliza los términos talismán con el fin de inhibir la capacidad crítica de las gentes*. El máximo responsable de la ley despenalizadora del aborto en España intentó apoyar su posición en estas dos tesis: 1. «Todo pueblo civilizado concede a la mujer su plenitud de derechos básicos» (los demagogos suelen aducir al principio una afirmación justa con el fin de suscitar adhesiones masivas). 2. «La mujer tiene un cuerpo y debe gozar de libertad para disponer de él y de cuanto en él acontezca.» La mera presencia del término «libertad» produjo en muchas mentes un efecto deslumbrador y no les permitió advertir que la posición filosófica que late bajo

tales afirmaciones fue pulverizada por los mejores pensadores hace más de medio siglo. Ya Tolstoi, a través del protagonista de su *Historia de un caballo*, había advertido que no procede aplicar el verbo *tener* a realidades tan distintas como son, por una parte, una casa, una tierra, un objeto y, por otra, unos amigos, unos hijos, una mujer. Toda la amplia y honda producción filosófica de Jaspers, Heidegger, Marcel, los pensadores dialógicos o personalistas y los fenomenólogos dejó en claro definitivamente que el ser humano *no tiene cuerpo, es corpóreo*. El cuerpo no es un objeto, sino una vertiente de la realidad *personal* humana y, como tal, no constituye una realidad disponible, manejable. Afirmar que la mujer tiene un cuerpo y puede disponer de él a su arbitrio, y pensar que con ello se la dignifica porque se le concede libertad absoluta de maniobra es un sarcasmo sólo explicable por el desconocimiento de los procesos que vertebran el desarrollo de la personalidad humana.

7. *El manipulador moviliza diversos procedimientos estratégicos para dominar a las gentes sin exponerse al riesgo de la confrontación abierta*

Consignemos algunos esquemáticamente, por vía de ejemplo.

a) *El recurso de la mofa*. El manipulador rehuye todo diálogo y debate con personas bien preparadas que puedan obligarle a matizar los conceptos, plantear debidamente las cuestiones y dejar al descubierto el juego de conceptos que suele operar. Opta por una forma oblicua de defensa; busca el flanco más débil del adversario y lo somete a un proceso de caricaturización o incluso de abierta deformación. De esta forma sinuosa va dejando poco a poco a dicha persona, por valiosa que sea, fuera de juego, de modo que la mayoría de los ciudadanos harán caso omiso de las razones que haga valer contra el manipulador de turno. Este recurso de la burla es tan fácil y cobarde como eficaz. De ahí la ausencia de auténticos debates en muchas democracias actuales.

b) *El recurso del rumor*. Existen muchos tipos de rumores, pero todos coinciden en que operan en el anonimato. Aquí radica la fuerza del rumor: en que no lleva firma. Conviene analizar cómo surge el rumor porque es buen ejemplo del poder que tiene el lenguaje para ganar batallas sin riesgo alguno. Tres personas me cuentan algo adverso de una cuarta. Yo voy a ésta y con cara inocente le digo: esto dice de ti *la gente*. No he *mentado*; me he limitado a *pasar del plano singular al colectivo*. Este pequeño trueque me sirve para infundir en el ánimo de tal persona no sólo *miedo*, sino *angustia*. Miedo es temor ante algo concreto, pero ante lo cual puedo tomar medidas. La angustia es producida por algo que me amenaza por todas partes sin ofrecer rostro. Si una o varias personas se manifiestan contra mí, puedo hablar con ellas, intentar convencerlas de su error, intimidarlas. Pero, si es la gente la que habla mal de mí, me siento *envuelto* por la maledicencia y no sé adónde acudir; estoy en situación angustiada. De ahí el temor al qué dirán,

sobre todo en los pueblos pequeños. Este paso doloso de la maledicencia concreta a la colectiva e impersonal da lugar al fenómeno social del rumor, que actualmente constituye un arma política de temible eficacia.

c) *El recurso de la insistencia.* Otra forma oblicua, sesgada, subrepticia, de vencer al pueblo sin preocuparse de convencerlo es la de repetir una vez y otra, a través de los medios de comunicación, ideas o imágenes cargadas de intención ideológica. No se entra en cuestión, no se demuestra nada, no se va al fondo de los problemas. Sencillamente, se lanzan proclamas, se hacen afirmaciones contundentes, se propagan eslóganes a modo de sentencias cargadas de sabiduría. Este bombardeo diario configura la opinión pública, porque la gente acaba tomando *lo que se afirma* como *lo que todos piensan*, como aquello de que *todos hablan*, como *lo que se lleva*, lo *actual*, lo *normal*, lo que *hace norma* y *se impone*. Actualmente, la fuerza del número es determinante, ya que lo decisivo se resuelve mediante el número de votos. El número es algo cuantitativo, no cualitativo. De ahí la tendencia a igualar a todos los ciudadanos, a desplazar cuanto signifique cualificación y excelencia, para que nadie tenga poder directivo de tipo espiritual y la opinión pública pueda ser moderada impunemente por quienes dominan los medios de comunicación multitudinarios. Una de las metas del demagogo es anular, de una forma u otra, a quienes pueden descubrir sus trampas, sus trucos de ilusionista.

Los demagogos proceden en virtud de cálculos muy fríos y precisos. Cuando, a través de los medios de comunicación, lanzan un día y otro flechas envenenadas contra los sentimientos de buen número de oyentes con el fin de ir cambiando las actitudes morales o religiosas del pueblo, saben que se producirán algunas protestas, pero las someten a estudio y concluyen 1) que su influjo llegará a un número de ciudadanos muy inferior al de aquellos que fueron influidos por la propaganda que ellos se han apresurado a propagar; 2) que tales protestas duran poco porque el que repite una crítica se hace pesado y se automargina, sobre todo si hay quienes lo tachan desde todos los ángulos de la prensa de anticuado, de intransigente, de espíritu inquisitorial que impone sus opiniones y creencias a los demás. Este cálculo mueve a los afanosos de poder a seguir modelando la opinión pública un día y otro. Alguien ha dicho que es posible engañar a algunas personas durante mucho tiempo y a todas durante poco tiempo, pero no a todas durante todo el tiempo. Esta observación debe ser matizada en los tiempos actuales en los que la minoría crítica puede verse amordazada por diversas razones: no contar con medios suficientes para hacerse oír; estar sometida, a su vez, al poder erosionante de la propaganda; sentirse acosada por toda suerte de chantajes.

La redundancia desinformativa tiene un poder insospechado de crear opinión, de hacer ambiente, de fundar un clima propicio a toda clase de errores. Basta establecer un clima de superficialidad en el tratamiento de los temas básicos de la vida para hacer posible la difusión de todo tipo de falsedades. Según Anatole France,

«una necesidad repetida por muchas bocas no deja de ser una necesidad». Ciertamente, mil mentiras no hacen una sola verdad. Pero una mentira o una media verdad repetida por un medio poderoso de comunicación se convierte en una verdad *de hecho*, incontrovertida; viene a constituir una «creencia», en el sentido orteguiano de algo intocable, de suelo en que se asienta la vida intelectual del hombre y que no cabe discutir sin exponerse al riesgo de quedar descalificado. A formar este tipo de «creencias» tiende la propaganda manipuladora con vistas a tener un control soterado de la mente, la voluntad y el sentimiento de la mayoría.

El gran teórico de la comunicación MacLuhan acuñó la expresión de que «el medio es el mensaje»: no se dice algo porque sea verdad; se toma como verdad porque se dice. La televisión, la radio, la letra impresa, los espectáculos de diverso orden tienen un inmenso prestigio para quien los ve como una realidad prestigiosa que se impone desde un lugar para uno inaccesible. El que está al corriente de lo que pasa entre bastidores tiene poder de discernimiento. Pero el gran público permanece fuera de los centros que irradian los mensajes. Es insospechable el poder que implica la posibilidad de hacerse presente en los rincones más apartados y penetrar en los hogares, y hablar a multitudes al oído, sin levantar la voz, de modo sugerente.

d) *El recurso de las insinuaciones ambiguas y malintencionadas.* Tú me dices algo de otra persona, y yo respondo escuetamente: «Deja eso en paz, no me hagas hablar...» En realidad, no te he dicho nada preciso, no he mentado o calumniado, pero es indudable que he dañado la imagen de esa persona ante ti. En esta línea de sugerencias tendenciosas, hay quienes gustan últimamente de poner en relación, bajo pretexto de informar, una institución religiosa muy conocida, la Logia italiana P2, las finanzas del Vaticano y ciertas formas de mafia. No afirman nada concreto, no se exponen a tener que rectificar un día ante los tribunales, pero consiguen sembrar cúmulos de sospechas turbias entre la multitud de los espectadores o lectores. Este procedimiento une a la cobardía la astucia para destruir.

8. *Consecuencias de la manipulación*

La práctica del ilusionismo mental a través del lenguaje —y de las imágenes, que son sobremanera *elocuentes*— desorienta espiritualmente a las gentes, les quita capacidad de pensar por propia cuenta y de modo riguroso, amengua su sensibilidad para los valores, las incapacita en buena medida para actuar en virtud de criterios internos bien sopesados y de sentimientos nobles, las deja inermes ante la vida, entregadas a un estado de gregarismo e infantilismo. El manipulador ejerce una función de paternalismo tiránico con objeto de hacer viable una forma «democrática» de totalitarismo. Ello es posible porque un pueblo sojuzgado espiritualmente es un colectivo gregario, que por falta de creatividad y poder de iniciativa, acaba pidiendo,

a no tardar, un guía carismático. Un pueblo reducido a rebaño acaba reclamando lógicamente un pastor.

9. *Las tres fases o niveles de la manipulación*

La modelación estratégica de la mente, la voluntad y el sentimiento de las gentes constituye la primera fase de la manipulación. A ésta sigue la fase del adoctrinamiento. Todo tirano que ejerce dominio sobre quienes ha vencido sin haber convenido desea revestir su mando con el ropaje de una doctrina sistemática, que dé una apariencia de nobleza y racionalidad al puro ejercicio del poder. Las dos primeras fases tienen como meta la puesta en marcha de una tercera: la reclutación de activistas, portavoces e intermediarios de un sistema de dominio presentado como un medio de salvación social.

Es sobremanera importante notar que *la fase decisiva es la primera*: la del troquelamiento de las mentes, voluntades y sentimientos. La segunda es accesoria; juega un papel decorativo, y actúa no raras veces a modo de trampa. Con frecuencia se ha dado el caso de que ciertos demagogos han invitado a sus adversarios a dialogar con objeto de esclarecer los puntos doctrinales que los separan. El diálogo fue ocasión propicia para practicar las artes seductoras de la primera fase. Y, a la postre, aconteció que algunos de tales adversarios, sin mudar apenas sus convicciones doctrinales, se convirtieron en activistas de la ideología propugnada por los demagogos. Se pasó de la *primera fase* a la *tercera* durante la *segunda*. Esta circunstancia nos invita a subrayar el hecho de que no es hoy el contenido doctrinal lo que debe prender nuestra atención en primer lugar, sino las técnicas de seducción espiritual que actúan por debajo del nivel en el que se mueven las discusiones doctrinales.

10. *Antídoto contra la manipulación*

La práctica de la manipulación altera la salud espiritual de personas y grupos. ¿Poseen éstos defensas naturales contra ese virus invasor? ¿Cabe poner en juego un antídoto contra la manipulación demagógica?

Actualmente, no cabe pensar en reducir el alcance de los medios de comunicación o someterlos a un control de calidad. No hay más defensa que una debida preparación por parte de cada ciudadano. Tal preparación abarca tres puntos básicos: 1) estar alerta, conocer en pormenor los ardides de la manipulación; 2) aprender a pensar con rigor y estar en condiciones de exigirlo a los demás; 3) ejercitar la creatividad en todos los órdenes. El hombre creativo tiene recursos para evitar que lo reduzcan a un mero repetidor de la voz de su amo. El que se acostumbra a pensar con rigor no acepta fácilmente el uso estratégico de los términos, el planteamiento astuto de las cuestiones, la movilización de procedimientos de dominio fácil.

11. *Un antídoto contra el antídoto*

En nuestros días se está movilizándolo un recurso tan eficaz como siniestro para neutralizar la eficacia del antídoto contra la manipulación. Se trata de la confusión deliberada de las experiencias de vértigo o fascinación y éxtasis o creatividad.

Estas incrementan el poder creador y acrecientan la sensibilidad para los valores, la capacidad de comprender el sentido profundo de las realidades y acontecimientos que tejen la vida humana. Aquéllas ciegan para los valores, frenan el impulso creador, hacen imposible abrirse al sentido profundo de la existencia. Dejan, con ello, a hombres y pueblos a merced de los afanosos de poder fácil. De ahí que conceder libertades para practicar todas las formas posibles de experiencias de vértigo sea el medio más directo de privar a los hombres de la única auténtica forma de libertad: *la libertad para la creatividad propia de las experiencias de éxtasis*. Toda la cultura humana arranca de este género de experiencias. Confundir ambos tipos de experiencias significa proyectar el prestigio secular de las experiencias de éxtasis sobre las experiencias de vértigo y dar una aparente justificación a unas prácticas que conducen al hombre a formas de exaltación aniquiladora.

El poder de los medios de comunicación abre dos vías polarmente opuestas que el hombre actual tiene ante sí a modo de encrucijada decisiva: la vía de la creatividad y la edificación cabal de la personalidad, y la vía de la fascinación y el desmoronamiento de la vida personal. Cuando se habla de manipulación, se alude a una forma de abuso de los medios de comunicación que tiende a encaminar a las gentes por la vía de la destrucción. Cabe, sin embargo, otra forma de uso que asuma todas las posibilidades de tales medios y les confiera una honda nobleza y una fecunda eficacia. Sólo en el caso de que las gentes se orienten por esta vía tendrán garantizada su libertad en el seno de los regímenes democráticos. Conviene tener bien presente ante la vista que no se disfruta automáticamente de verdadera libertad por el mero hecho de vivir en un régimen democrático.